



La Segona Volta ocupa una nave de 1.500 metros cuadrados en el Raval de Cristo, en Roquetes. FOTO: JOAN REVILLAS

El reciclaje de lo cotidiano

Núria Riu Roquetes

■ Desde una nave en el Raval de Cristo (Roquetes), La Segona Volta, es una cooperativa que impulsaron ocho tortosinos. Tras su éxito están las aportaciones de los ciudadanos que no saben qué hacer con los objetos de lo cotidiano. El objetivo es reducir la generación de residuos, además crear puestos de empleo a partir de un modelo que en Holanda es tan habitual que «casi en todos los pueblos hay uno». Así lo explica Margarita Wessels, originaria de este país y que hace trece años que vive en Catalunya.

En los 1.500 metros cuadrados de almacén que ocupa este negocio puede encontrarse prácticamente de todo. Muebles, ropa, cosas del hogar y una amplia biblioteca de libros y discos en la que los clientes pueden pasar horas y más horas buscando alguna reliquia. Todos estos objetos se venden a unos precios simbólicos. Eso sí, con una política muy clara en el momento de fijarlos: «Las cosas de primera necesidad, además de los libros escolares o diccionarios cuestan un euro, mientras que los objetos de coleccionista o antigüedades éste es más alto. También tenemos que pagar facturas», dice Wessels.

La Segona Volta crece a partir de donaciones. Se trata de una organización no lucrativa, y los beneficios que se obtienen sirven para contratar a nuevo personal que tire adelante con el negocio. Cuando está a punto de cumplir su primer año de vida ya se han creado dos empleos.

Para su constitución los impulsores aportaron 600 euros por persona, un capital que los que han abandonado el negocio han podido recuperar. Las ventas que genera el establecimiento son por valor de entre 2.000 y 2.500 euros mensuales. Esta suma hace que sus impulsores se planteen que, para seguir ganando músculo, ha llegado el momento de profesionalizar lo que a día de hoy marcha en gran parte gracias al trabajo de los voluntarios. «Es un proyecto que te motiva enormemente, pero también te



Cada objeto es único y puede encontrarse desde piezas del hogar, a ropa, pero también muebles o electrodomésticos. FOTO: JOAN REVILLAS

ocupa mucho y no es fácil encontrar a los voluntarios», reconoce Wessels.

Tras estos doce meses de vida están convencidos de dar el paso, en parte también porque han visto un cambio significativo en cuanto a los clientes. «Antes la gente te venía y decía que lo que compraban era para la segunda residencia. Ahora ya lo dicen menos», explica Margarita Wessels, quien es consciente que «a los ca-

talanes les cuesta una mica comprar cosas de segunda mano».

Más allá del valor social de La Segona Volta, está que la prolongación de la vida de estos objetos, reduce la cantidad de lo que serían residuos. Solo en los seis primeros meses de este año, la cantidad de materiales recogidos equivale a doce toneladas de unos «escombros» que no han llegado al vertedero.

Especialis los más po

■ Adrian Langweg acabó su trabajo de distribución cuando nació su hija. «Buscábamos una tienda de segunda mano para la niña, lo miramos en internet pero no había nada en Tarragona. Así es que decidí ser el primero en esa ciudad un tipo de negocio como el de mis tíos, en Alemania, es muy habitual.

Ubicado en la calle Gasòmetre es un establecimiento de puericultores que sus clientes tanto compran como venden. Se puede encontrar desde ropa a muebles, por los cochecitos, sillas para el baño y una sección de juguetes.

El sistema que han establecido Langweg ha visto funcionar toda España. Los clientes traen aquellos objetos que no utilizan y son ellos mismos los que fijan el precio. A éste hay que sumarle la comisión que se lleva la tienda. A partir de aquí se reparte parte del stock del establecimiento. Cuando un cliente se lo lleva y la tienda no había traído cobra la cantidad que se le ha vendido. En el caso de que, pasados tres días se haya interesado en su compra, el cliente puede decidir si rebaja la cantidad que pedía o lo retira del mercado.

Bodies o camisetas a un euro, pantalones a partir de tres y un largo etcétera a un euro.



En la tienda de Roba Amiga, en la calle Gasòmetre, se puede encontrarse una sección de juguetes. FOTO: JOAN REVILLAS

Un proyecto solidario de empleo con la

■ Los contenedores naranjas que hay en las grandes ciudades como Tarragona representan un negocio que crea empleo. Y es que la ropa que se deposita en su interior no solo cumple una finalidad social, sino que se ha convertido en una alternativa para aquellas personas reacias a dejarse buena parte del sueldo cada vez que deciden renovar el armario.

La Fundació Formació i Treball gestiona en Tarragona una red de 46 contenedores que hasta el 31 de octubre de este año habían recogido 71.500 kilos de ropa. Ésta se lleva a la planta de tratamiento, sel-